

El anticomunismo en Chile en el siglo XX: ideologemas transnacionales y usos locales^{*}

Ernesto Bohoslavsky

Universidad Nacional de General Sarmiento y CONICET, ebohosla@ungs.edu.ar

Este texto se propone establecer reconstruir algunas de las formas en las que se expresó el anticomunismo en Chile en diversos momentos del siglo XX. El acento se pondrá especialmente en la detección de aquellas prácticas y discursos que provenían de distintas tradiciones anticomunistas no originarias de Chile (desde el Vaticano, desde el conservadurismo europeo, el liberalismo norteamericano) y que fueron usadas, adaptadas y replicadas para un uso efectivo a nivel nacional. Es decir, se aspira a mostrar cómo ciertas herramientas políticas, figuras, representaciones y elementos ideológicos transnacionales fueron aprovechados localmente. No se trata de denunciar allí un indebido uso de un argumento foráneo y ajeno a la chilenidad sino de comprender por qué razones algunos de esos argumentos encontraron una recepción fructífera y a la vez creativa en tierras alejadas de su origen.

La historia política de Chile ofrece algunas imágenes ambiguas. La que aquí interesa es que durante cuarenta años (1932-1973) el país vivió una etapa signada por la vigencia y estabilidad democrática, la alternancia partidaria en el poder ejecutivo y el cumplimiento de los mandatos presidenciales. Esa etapa fue interrumpida por una larguísima dictadura de 17 años de duración, que se retiró imponiendo sus propias reglas, plazos y herencias. ¿Cómo complementar la percepción de la excepcionalidad de la estabilidad democrática chilena con la feroz dictadura desatada desde septiembre de 1973? En primer lugar, hay que atender al hecho de que la dictadura pinochetista contenía y reproducía muchos de los elementos ideológicos generados en las décadas anteriores. Y entre ellos, el anticomunismo era una de esas herencias que la dictadura se encargó de promover, ampliar y sostener. Fue uno de los insumos ideológicos más recurrentemente usados para defender los rasgos represivos y fundacionales de la dictadura. En consecuencia, explorar el pasado pre-dictatorial parece ofrecer algunas pistas acerca

^{*} Texto preparado para la reunión del Proyecto de Investigación Científica y Tecnológica PICT 2010, "Pensar lo público: los 'saberes de estado' y la redefinición de las fronteras entre lo público y lo privado. Argentina, 1890-1955" del Centro de Estudios sobre saberes de Estado y elites estatales, del Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires, 4 de mayo de 2012.

de las misiones que se impuso el régimen y de las caracterizaciones de sus adversarios y aliados (reales e imaginados).

Se intentará defender la idea de que no existió uno, sino diversos anticomunismos, y que éstos no pertenecen al campo de lo eterno e inmutable sino que deben ser comprendidos en un marco de a) historicidad (viendo la contemporaneidad con el desarrollo de temas y figuras anticomunistas en América y Europa) y b) heterogeneidad (atendiendo a los múltiples actores e ideas unidos –sólo– por el repudio al comunismo). Así, en el período que aquí interesa es posible recortar al menos tres grandes oleadas de anticomunismo en Chile:

1. una primera, en los años treinta, fue motorizada principalmente por grupos de extrema derecha como el Movimiento Nacional Socialista de Chile (MNS), y apuntaban a mostrar que el comunismo era esencialmente una degeneración del liberalismo y el individualismo, y que debía ser combatido –como lo venía siendo en Alemania e Italia– porque su triunfo implicaría la caída de Chile en el ateísmo y el materialismo, como ocurría en la Rusia soviética;
2. una segunda se generó hacia 1946, tras el triunfo del candidato presidencial del Frente Popular, quien incluyó en su gabinete a tres ministros comunistas. La llegada del Partido Comunista de Chile (PCCh) al gobierno fue seguida una amplia campaña anticomunista que desembocó en la ilegalización del partido hasta 1958. Para liberales y radicales, el comunismo debía ser combatido porque pretendía ahogar la libertad individual e imponer una tiranía tal como ocurría en la Europa del Este;
3. la tercera se produjo entre mediados de la década de 1960 y los primeros años de la dictadura, pero encontró especial intensidad en las campañas electorales de 1964 y 1970, y en los últimos meses del gobierno de la Unidad Popular. A través de distintas campañas, y atendiendo a un público mucho más heterogéneo que nunca, se propalaba un anticomunismo tendiente a generar miedo y a denunciar los planes de que Chile se convertiría en una nueva Cuba.

Antes de iniciar este recorrido es menester hacer alguna referencia al concepto “anticomunismo. Por “anticomunismo” se entiende aquí al conjunto de nociones y de prácticas tendientes principalmente al combate o erradicación del comunismo, sus militantes y/o sus ideas. Ahora, como bien ha mostrado Rodrigo Patto Sa Motta (2002), ahí se termina el espacio común de los anticomunistas, puesto que por lo demás reina la

diversidad: hubo anticomunismo de izquierda (pensemos en la socialdemocracia europea de la segunda posguerra) y de derecha. Y dentro de éstos es posible hallar argumentaciones diversas e incluso opuestas acerca de las razones por las cuales hay que resistir al comunismo. Había impugnaciones al hecho de que el comunismo planteaba el abandono completo de las creencias religiosas, promovía el totalitarismo y sofocaba las libertades y capacidades individuales, sujetaba la nación a la voluntad extranjera (la URSS, o a veces Cuba), por ser antidemocrático o por servirse de la democracia para fines indefensables. Que las razones de rechazo al comunismo fueran muy distintas no impidió que en ciertas coyunturas los actores anticomunistas unieran fuerzas y desconocieran el peso de las contradicciones ideológicas que ello implicaba.

I - El comunismo, enemigo de la civilización cristiana y las tradiciones nacionales, 1932-1938

En 1932 se produjo la restauración democrática luego de la dictadura de Ibáñez (1927-1931) y de un período de inestabilidad política de algunos meses. En ese agitado contexto social hizo su aparición una de las voces más importantes de la ultra-derecha chilena, el Movimiento Nacional Socialista de Chile (MNS). Los hombres del MNS recibían y se daban el nombre de “nacistas” para diferenciarse de los “nazis” alemanes, tratando de acentuar con ese neologismo su ligazón exclusiva con Chile y su realidad. El recorrido del nacismo está ligado a la figura de Jorge González von Marées (1900-1962), conocido como *El Jefe*, líder del partido hasta su disolución en 1941 (Allende González 1990). El crecimiento del MNS en sus primeros años acompañó al miedo al comunismo entre la elite: para entonces se habían producido los intentos de copamiento del Regimiento en Copiapó, el alzamiento de Vallenar, la sublevación de la flota en Coquimbo y la revuelta de Ranquil. Pero este éxito del MNS, sustentado en su entusiasta rol de guardia anticomunista, se estancó hacia 1934 en la medida en que la derecha tradicional consiguió asegurar la gobernabilidad. La polarización entre la derecha conservadora (en el gobierno) y el Frente Popular (conformado en 1936 por radicales, socialistas y comunistas) le dificultaba al fascismo chileno expresar la “tercera posición” que proclamaba (Klein 2001:349; Linz 1976:4). Pese a ello en 1937 fueron elegidos tres diputados del MNS: un 3,5% de los votos nacionales no lo dejaba muy por detrás del 4,2% obtenido por los candidatos comunistas. Poseía cerca de 20.000 adherentes, provenientes principalmente de las clases bajas y medias-bajas de las ciudades más grandes.

En lo que se refiere a su ideología, la presencia de inspiraciones fascistas y falangistas es muy evidente, y a veces explícitamente reconocida. El MNS se caracterizó por un nacionalismo antiliberal y antidemocrático que apuntaba a instaurar un gobierno que asegurara el orden, la jerarquía y la justicia social (McGee Deutsch 1997; Sznajder 1992). Por su marcado catolicismo y la tibieza de su anti-conservadurismo, parece acercarse al fascismo católico de la Guardia de Hierro rumana y la Falange de José Antonio Primo de Rivera. El naciismo efectuaba una crítica a la democracia multipartidaria, a la que entendía como un régimen caduco, femineizado e inoperante. Como escribió su líder en el Manifiesto de creación del partido,

“Es absurdo e ingenuo pretender dar normalidad a nuestra vida pública mientras la dirección de ella permanezca entregada a los partidos políticos [...] La democracia liberal, fría, formulista y jurídica, se ha manifestado del todo impotente para continuar sirviendo a los intereses colectivos [...] Contemplamos indiferentes cómo se debaten, en luchas turbias y estériles, las pandillas de politicastros y caudillos que hace ya tantos años se disputan los despojos de país. Las altas y las bajas de esas luchas no nos preocupan. Pero la hora se aproxima en que este juego torpe habrá de terminar” (Movimiento Nacional Socialista 1933:4 y 7)

Ese “nuevo orden social y político” debía producirse “sin renunciar a ninguno de los grandes principios que informan la civilización cristiana de que somos parte integrante” (González von Marées 1936:4), se encargaba de aclarar el líder del partido, preocupado por la antipatía que le manifestaba la Iglesia chilena al hecho de que el culto a la “raza chilena” pesara más que la devoción a la cruz. Un poco alejado del racismo nazi, concebía al cristianismo como una columna de Occidente, hostil al materialismo liberal-marxista: era por lo tanto más una tradición que un dogma religioso. De allí el hincapié en sostener, como decía *El Jefe*, “los grandes principios que informan la civilización cristiana de que somos parte integrante” (González von Marées 1936:4). Esta defensa pragmática y utilitaria de la Iglesia, fue una de las razones de que el clero encontrara pocos estímulos para abandonar su tradicional alianza con el Partido Conservador.

Únicamente el fortalecimiento de la unidad nacional al amparo de la “cultura occidental” y la promoción de los valores espirituales (por lo tanto, anti-materialistas) permitirían la erección de un orden justo, disciplinado, armónico e integral:

“El MNS se afirma como un movimiento de defensa de las bases de nuestra cultura occidental, contra los gérmenes de disolución de todo orden que

prosperan impunemente al amparo del falso doctrinarismo liberal”
(Movimiento Nacional Socialista 1933:13)

El nazismo partía de una concepción elitista de la vida política, según la cual sólo las minorías conscientes y auto-seleccionadas tenían capacidad transformadora. Por una ley de hierro de la política moderna, el número, las masas, la demagogia, barrían con todo lo que quedaba de digno, de cualitativo e inteligente

“Los partidos dan preferencias a la voluntad de la masas sobre los dictados de la inteligencia. Es común en ellos que la suprema autoridad no está constituida por un grupo reducido de hombres selectos por su saber, sino por asambleas numerosas, amorfas y heterogéneas, mediocres todas en su medio y enemigas siempre de la superioridad intelectual” (Jara 1936:3)

Una de las razones para abandonar al régimen democrático era su incapacidad para entender y resolver adecuadamente los desafíos provenientes de la expansión del comunismo:

“La democracia liberal, fórmula política de una fase de nuestra cultura que se extinguió en la guerra europea, es total y absolutamente incapaz de comprender el significado profundo del marxismo y detener su avance”¹

Ni liberales ni marxistas podían entender a Chile por su común trasfondo individualista, materialista e internacionalista. Es que, en definitiva, el comunismo era hijo de la civilización liberal moderna y, como tal, expresión de una vida chata e incapaz de atender a la trascendencia y a los valores espirituales. Según planteaba en un editorial de 1936 el diario *Trabajo*, tanto la democracia como el comunismo

“responden a un concepto individualista de la vida, falso e inorgánico, que se fundamenta en la negación de todos los valores de nuestra cultura cristiana occidental; ambas manifestaciones políticas no son más que las etapas sucesivas de un mismo proceso de desintegración de dicha cultura. El marxismo, consecuencia lógica y fatal del liberalismo, no puede ser derrotado con pasajeros triunfos electorales, leyes de carácter social aprobadas por temor y destinadas a ser burladas, o medidas policiales y administrativas”²

¹ *Trabajo*, 22/9/1936.

² *Trabajo*, 22/9/1936.

Como se ve, la caracterización nacistra del comunismo era más cultural que propiamente política: se trataba de un enemigo de la civilización occidental.³ Era la doctrina de los mediocres y de los materialistas. Es por ello que era el más beneficiado con una partidocracia que expresaba el predominio de las masas amorfas y el número sobre la inteligencia y la calidad.⁴ Esta interpretación aristocratizante le permitía al MNS diagnosticar avances comunistas en la imposición de una cultura laica, individualista y moderna e incluso en el reemplazo de la cueca por “las estridencias del jazz y las contorsiones epilépticas de los bailes de negros”.⁵ De allí se desprendía la necesidad de un nuevo orden político, que simultáneamente restaurara un idealizado orden portaliano y que combatiera al comunismo y a la civilización liberal. Ese régimen integral a crear no debía sólo perseguir a los comunistas sino que se le imponía una misión de más largo y trascendental alcance:

“Para impedir el triunfo del marxismo sólo queda un camino: orientar el futuro, enmendando los rumbos desviados de Occidente a partir del Renacimiento. Es preciso destruir sus causas –incluso las políticas– y reemplazarlo por una nueva ideología que se inspire en la justicia social y en los valores eternos de nuestra cultura”⁶

El comunismo aparecía así como el escalón final de un descenso moral global y nacional, que había comenzado cuando la Cristiandad se dividió a causa de la Reforma y cuando el antropocentrismo renacentista reemplazó al orden teocéntrico medieval. En esta lectura, el marxismo era esencialmente un síntoma de decadencia moral (la presencia de Spengler en el imaginario nacistra es cosa largamente conocida), o mejor dicho, un agente que multiplicaba la degeneración social y cultural de la familia y la comunidad:

“El comunismo no tiende a la destrucción del capitalismo ni de régimen económico alguno. Sus miras van mucho más lejos: ellas están dirigidas a la destrucción integral de nuestra cultura. Si ataca la propiedad privada no es porque éste sea su objetivo en sí, sino porque la institución de la propiedad constituye una de las bases de la organización cultural de los pueblos occidentales [...] Contemplando el comunismo desde este punto de vista, ¿podr-

³ *Trabajo*, 4/1/1934, p. 1; *Acción Chilena*, 15/3/1934, n° 8, p. 237. El fascismo chileno unificaba en el “judío” lo peor del “capitalismo anglosajón”, del bolchevismo, del materialismo egoísta y de las abstracciones filosóficas. El periódico del nacistra, *Trabajo*, está repleto de referencias a la mitología conspirativa, especialmente a aquella que insistía en señalar la existencia de un complot judeo-comunista para dominar a Chile, sea a través de las finanzas o de una revolución social (Bohoslavsky 2009:cap. 6).

⁴ *Acción Chilena*, 19/4/1934, n° 13, p. 408. *Trabajo*, 23/9/1936, p. 3.

⁵ *Trabajo*, 4/1/1934, p. 1.

⁶ *Trabajo*, 22/9/1936.

ía alguien atreverse a decir que en Chile su obra devastadora no crece a pasos agigantados?, ¿No vemos que la institución de la familia, o sea la piedra singular de nuestra organización social, no sólo no existe entre la clase obrera sino que está en vías de desaparecer también entre las que se dicen nuestras clases dirigentes?”⁷

De allí que la oposición al comunismo no deba ser entendida, según expresaban los nacistas, como un objetivo en sí mismo, sino que formaba parte de una pretensión mucho mayor, como era la de transformar el orden “demo-liberal” por un “Estado portaliano”. Se trataba de reemplazar la falsa polarización entre capitalismo y comunismo y restaurando en Chile las preocupaciones espirituales y religiosas, el culto a lo heroico y el desdén por el cálculo egoísta.⁸ No es descabellado suponer que la fuerte presencia política de la Iglesia católica en el escenario chileno condicionó y muy fuertemente la difusión del perfil pagano que tenía el nazismo, y en cambio, potenció más aquellos rasgos que mostraban su plena compatibilidad con las encíclicas vaticanas.

“El régimen político, económico y social imperante necesita una íntegra transformación y es esta la finalidad principal de nuestro Movimiento. Es pues, y en absoluto, una posición falsa el creer que porque nos oponemos enérgicamente al comunismo, lo hacemos por un afán de defensa de prebendas de clases sociales determinadas” (Jara 1936:3)

En la cita anterior debe leerse no sólo la explícita diatriba anticomunista sino también un ajuste de cuentas al interior del campo de las derechas chilenas, por cuanto el MNS procuraba dejar claro que no aceptaba el mero rol de guardia anticomunista. Ello posicionaba al naciismo como opuesto al resto del arco político nacional: en su lectura, liberales, conservadores, socialistas y comunistas eran parte de un mismo “mal”, la “democracia liberal, fría, formulista y jurídica”⁹, que debía ser reemplazada por un “nacionalismo sano” y sin consideraciones “partidistas” (González von Marées 1937:80).¹⁰

II - El comunismo, enemigo de la democracia, 1946-1950

En 1946 el PCCh participó del Frente Popular que impuso a Gabriel González Videla como presidente, tras lo cual se constituyó el primer gabinete con ministros comu-

⁷ *Trabajo*, 4/1/1934, p. 1.

⁸ *Acción Chilena*, octubre de 1935, n° 1, p. II.

⁹ *Trabajo*, 28/4/1936, p. 3 y *Trabajo*, 14/2/1937, p. 3 (editorial).

¹⁰ *Acción Chilena*, 24/1/1934, n° 1, p. 6 y 15/7/1934, n° 6, p. IV.

nistas en la historia de Sudamérica. El PCCh tenía más del 10% de los votos, que le habían permitido obtener 15 diputados y 3 senadores (entre ellos Pablo Neruda). Con la incorporación del comunismo al Poder Ejecutivo se confiaba en enfrentar de una manera más eficaz el incremento de la conflictividad sindical, que había estado contenida en los años anteriores como un gesto de colaboración con los Aliados. La “unión nacional” ubicaba en el tiempo de la posguerra la concreción de anheladas reformas sociales y mejora de las condiciones de vida de mineros, campesinos y trabajadores industriales. El problema se suscitó cuando terminó la guerra y estallaron las demandas sociales reprimidas hasta entonces. La agitación sindical minera e industrial se incrementó en la inmediata posguerra: en 1944 en 60 huelgas intervinieron 26.000 obreros, mientras que en 1945 unas 512 huelgas convocaron a 80.000 participantes (Correa Sutil 2005:113).

La incorporación del PCCh al gabinete en 1946 trajo problemas políticos y de gobernabilidad, dado que el partido no renunció a promover los conflictos sindicales, sobre todo porque también lo estaba haciendo el Partido Socialista, fuera del gobierno. Los ministros comunistas duraron sólo cinco meses en el gabinete. Las razones de su salida fueron de distinta naturaleza (Huneus 2009). Por un lado, por el temor del Partido radical (el del presidente) de que el crecimiento electoral del comunismo fuera absorbiendo una parte del electorado que tradicionalmente lo apoyaba. Por otro lado, por el rechazo de los latifundistas a la sindicalización rural que llevaba adelante el PCCh. Finalmente por las presiones de Estados Unidos para que González Videla se deshiciera de esos ministros a cambio de seguir recibiendo ayuda financiera (Halperin 1965:53).

El presidente ilegalizó al PCCh en 1948, utilizando como excusa una huelga de mineros (Angell 1997:97; Bravo Ríos 1955:189). La ley de “Defensa Permanente de la democracia” contó con la aprobación de los conservadores, los liberales, el Partido Agrario Laborista, algunos socialistas y la mayor parte del Partido Radical. También expresaron su apoyo los obispos y la mayor parte del clero católico (Araneda Bravo 1988:103). La ley canceló el registro partidario del PCCh, permitió el encarcelamiento de sus dirigentes y borró del padrón electoral a sus afiliados y a los sospechados de serlo. Tanto González Videla como la posterior presidencia de Ibáñez, se sirvieron de ella para deshacerse de conflictos sindicales en los cuales denunciaban la presencia comunista (Bohoslavsky 2011; Huneus 2009).

Otros actores también hicieron llegar sus expresiones de repudio a la presencia del comunismo en el gabinete y exigieron que el presidente se deshiciera de los funcionarios enrolados en ese partido: la Iglesia, el Partido Liberal, la Acción Chilena Antico-

munista (ACHA) y la revista nacionalista *Estanquero* (Bohoslavsky 2006; Ruiz 1992; Valdivia Ortiz de Zárate 1995a:13; 1995b:31). En esa revista se podían leer notas sobre la conveniencia de aprobar una ley que ilegalizara al Partido Comunista:

“Estamos convencidos de que la dictación de una ley que declara la ilicitud de las actividades comunistas es de emergencia inmediata [...] Tenemos nosotros el convencimiento de que el fenómeno comunista ha dejado de ser de índole exclusivamente económico. Se trata de una aberración psíquica que se estrella contra todos los medios de persuasión y que es independiente de la condición económica de las masas obreras”¹¹

“Nuestra Revista, desde el primer número representó el ideal de avanzada anticomunista [...] El régimen democrático de gobierno que nos rige, más que el derecho, tiene el deber de defenderse de aquellos que propicien su violenta desaparición, Y este deber se convierte en un imperativo, cuando los promotores de tal cambio dejan a un lado las vías legales y recurren a la fuerza, a la rebelión, a promover el caos, obedeciendo órdenes y recibiendo ayuda del extranjero para implantar un sistema que también depende de afuera”¹²

Entre las organizaciones más activas en la denuncia y represión del comunismo se contaba la ACHA, alentada entre otros por el radical Arturo Olavarría Bravo, precandidato presidencial en 1946. Olavarría Bravo sostuvo que la ACHA

“no fue organizada para combatir el comunismo sino que para defender al país del comunismo. El propósito de sus fundadores no fue el de armar ciudadanos para salir a la calle a disparar contra los comunistas, sino que preparar militarmente a la ciudadanía para que se defendiera eficazmente en el caso de que llegara a producirse un levantamiento de ese partido [...] Nunca podrá pensarse que ella fue inútil, pues no sólo levantó muy en alto la moral de la ciudadanía en momentos peligrosos y difíciles, sino que permitió que, mientras existiera, los comunistas se abstuvieran de cometer las tropelías y desmanes que después realizaron” (Olavarría Bravo 1950:122 y 124)

La disputa acerca de la legalidad y utilidad de prohibir al comunismo terminó por dividir al Partido Conservador. Aquellos que apoyaron al presidente González Videla formaron el Partido Conservador Tradicionalista, apadrinado por Sergio Fernández

¹¹ *Estanquero*, 12/7/1947, n° 26, Santiago, p. 3.

¹² *Estanquero*, 19/6/1948, n° 74, Santiago, p. 5.

Larrain (Fernandez Larrain 1950:8). A la hora de explicar las razones de la cisión, esta fracción no dudaba en señalar que “en primer término, han sido diferentes las posiciones prácticas asumidas frente al comunismo” (Partido Conservador 1949). Para los tradicionalistas, la receta socialcristiana de dialogar con los equivocados, promover reformas sociales y poner la otra mejilla, era inútil y peligrosa para el país:

“Para poner coto a esta terrible amenaza no bastaba, a nuestro juicio, la larga tarea del convencimiento individual ni el lento proceso de elevación del nivel de vida popular. Era preciso poner al comunismo en su verdadero sitio, de asociación criminal y librar contra él una resuelta acción represiva” (Partido Conservador 1949)

Los parlamentarios liberales acompañaron el proyecto de “Ley de defensa de la democracia”, sirviéndose de diversos argumentos para demostrar que la mejor manera de defender la libertad y la democracia era cercenándosela a los comunistas. El comunismo no podía ser combatido en el plano de las ideas, puesto que había dejado de ser una idea impracticable e inconveniente para convertirse en

“una acción en marcha que quiere alcanzar el poder político fuera de las formas de la democracia, mediante golpes de audacia y de fuerza, como lo hicieron primeramente en Rusia y han venido repitiéndolo en las diversas naciones que han logrado someter” (Partido Liberal 1948:9)

El senador Bulnes Correa fundamentó su repudio al “comunismo internacional” porque el partido liberal, “dentro de la concepción democrática del Estado, rechaza todo intento de dictadura, cualquiera que sean su sentido y sus propósitos”, dado que “fundamenta toda su doctrina en el respeto y en el resguardo de los diversos atributos de la personalidad humana” (Partido Liberal 1948:3). En un debate parlamentario de julio de 1948, el ex presidente liberal Arturo Alessandri incentivaba a los “partidos democráticos” a sumarse a la cruzada anticomunista para salvar a la civilización occidental. Resulta significativo el ejercicio que hace Alessandri de presentar al comunismo como un conjunto de ideas repudiables, principal pero no exclusivamente por su estolatría, esto es, por la promoción de una hipertrofia estatal que terminaría por ahogar toda iniciativa y libertad individual:

“Hay dos rutas perfectamente delineadas: una que conduce a la plenitud de la expresión de la personalidad humana y eso significa el reconocimiento de todos sus nobles y altos atributos espirituales, de lo más sagrado que tiene el hombre: la libertad, y otra, que lo lleva, por el

falaz espejismo de una mejor vida material, a la más horrible y deprimente esclavitud: la subyugación del hombre por un estado despótico, carcelario e inhumano, para quien la cultura y el individuo como inteligencia, libre albedrío y alma sólo merecen desdén y menosprecio” (Cámara de Diputados 1948:1102)

Una de las temáticas más recurrentes de esta ola comunista fue la denuncia del carácter autoritario y tiránico del comunismo. La temática del “totalitarismo”, tan instalada en el Atlántico norte apenas iniciada la guerra fría, parece estar circulando por entonces con bastante soltura en Chile. El Partido Conservador Tradicionalista sostuvo en 1950 como Declaración fundamental que rechazaba “al comunismo y toda otra forma de tiranía y cualquier cooperación con ello”, así como la “tiranía sindical sobre las conciencias y libertad de los trabajadores” (Partido Conservador Tradicionalista 1950:37). Un diputado liberal sostuvo que el comunismo no quería convencer sino establecer “la tiranía de unos pocos que se imponga sobre la conciencia y las personas de los demás” (Partido Liberal 1948:9). El diputado Errázuriz denunció que el comunismo actuaba de manera desleal con la democracia pues en “en cuanto se siente suficientemente fuerte como para asaltar con éxito el Poder, mediante un golpe de Estado, se encarama en el Gobierno e implanta la más odiosa de las tiranías” (Partido Liberal 1948:41), un “un sistema arbitrario, absoluto, en el que está proscrita la libertad” y en el que “so pretexto de la dictadura de aquella parte más ignara e incapaz del conglomerado social, unos cuantos malhechores establecen violentamente una vil tiranía” (Partido Liberal 1948:42).

El fundador de la ACHA también criticaba al comunismo por conculcar las libertades y derechos básicos de las personas. El comunismo era caracterizado como un

“régimen totalitario que ha sepultado todos aquellos atributos de la cultura occidental que dieron forma y espíritu a la democracia universal” (Olavarría Bravo 1950:116)¹³

La persecución a los sacerdotes católicos en Europa oriental era prueba evidente de la “guerra” desencadenada por la “tiranía roja” contra “la Iglesia Católica, los sagrados principios de la civilización cristiana y, por lo tanto, los derechos esenciales de la

¹³ “Se comienza por suprimir todas las libertades esenciales que garantizan los Estatutos democráticos: la libertad de opinión y de prensa, el derecho de reunión, la facultad de trasladarse libremente a cualquier punto de la tierra, el derecho de elegir a los gobernantes. Y se termina justamente con las medidas que a nadie pueden herir con mayor dureza que a la propia masa trabajadora que sirvió de trampolín para dar el salto hacia el poder: se suprimen de una plumada la libertad de trabajo y el derecho de huelga” (Olavarría Bravo 1950:117)

persona humana” para *La revista católica*.¹⁴ A mediados de 1949 el cardenal Caro Rodríguez advertía que era un “deber supremo la defensa de nuestras instituciones fundamentales y del orden constituido”, motivo por el cual

“A ningún católico le es lícito en estas circunstancias adoptar una actitud pasiva, ni menos, por cierto, ahora ni nunca, cualquier cooperación o ayuda al comunismo ateo, repetidas veces condenado por los Sumos Pontífices y últimamente con redoblada energía por S. S. Pío XII, ante la extensión de su poderío tiránico y la persecución desencadenada contra la Iglesia en numerosas naciones”¹⁵

Si para los nazis el comunismo era hijo del liberalismo y de la democracia, a fines de la década de 1940 los hombres de la derecha señalaban que se trataba de antónimos: allí donde reinaba el comunismo no había ningún tipo de garantía, derecho o institución amparada por principios liberales.

III-El comunismo, enemigo de la libertad de los hombres (en el mercado), 1966-1973

En 1964 se produjo una situación política especialmente complicada para el Partido conservador y el Liberal. Convencidos de que el candidato de las izquierdas, Salvador Allende tenía chances de ganar las elecciones presidenciales, dieron su apoyo incondicional al candidato demócrata-cristiano, Eduardo Frei, quien ofrecía un programa amplio de reformas sociales y económicas. Una vez electo, Frei procuró sostener ese programa manteniendo un delicado equilibrio: satisfacer a sus seguidores y sus demandas de reformas de envergadura y a la vez no suscitar el veto de los poderes fácticos de la sociedad chilena. Su programa redistributivo, el inicio de la reforma agraria y el intento de movilización comunitaria, fueron algunos de los puntos centrales de su gestión. El programa de reformas de Eduardo Frei (la llamada “Revolución en libertad”) implicaba transitar un camino de desarrollo equidistante del capitalismo individualista y del socialismo estatista. La vía “comunitarista” apuntaba a “promover” a las organizaciones de la sociedad civil (vecinos, clubes juveniles, centros de madres, gremios) para enfrentar de la mejor manera posible los problemas evidentes de sub-desarrollo y pobreza en Chi-

¹⁴ *La Revista Católica*, año XLIV, n° 942, enero-febrero de 1949, p. 1943.

¹⁵ *La Revista Católica*, año XLIV, n° 945, julio-agosto de 1949. ‘Declaración de Su Eminencia Reverendísima el Sr. Cardenal Dr. José María Caro Rodríguez, sobre los deberes de los Católicos ante las perturbaciones del orden social’, p. 2161.

le: sería la comunidad -y no el Estado- el responsable de incrementar el bienestar de la población y el desarrollo de la economía. Una combinación de “Alianza para el Progreso”, humanismo y Concilio Vaticano II parecía orientar el programa de Frei.

Las razones por las cuales las derechas sostuvieron una candidatura ajena a cambio de ninguna concesión en términos de posiciones en el gabinete o modificaciones en el programa de gobierno, son motivo de disputa historiográfica.¹⁶ Lo cierto es que por entonces la vieja derecha decimonónica, basada en el Partido Liberal y el Conservador, y alentado por la Iglesia pre-conciliar, se agotó como proyecto histórico y dio paso a fuerzas políticas que la relevaron, mostrando un perfil propio. Esos nuevos rasgos tenían que ver con a) el fortalecimiento del neoliberalismo a partir de la presencia de las doctrinas económicas provenientes de la Escuela de Chicago (Rosende 2007; Valdés 1995), b) la renovada presencia de nociones corporativistas, de inspiración tardo-franquista, sobre todo a partir del crecimiento de las corrientes “gremialistas” en la Universidad Católica de Chile.

Tal como señaló Cuadra (1992:43), la crisis social y política derivada de la puesta en marcha del plan de “Revolución en libertad” del presidente Frei, y posteriormente las reformas del gobierno de Allende constituyeron un “factor aglutinador, decantador y precipitado de lo que será el resurgimiento ya no sólo cultural sino político y social de la derecha”. Esa revitalización se evidenció en la decisión de fusionar en el Partido Nacional en 1966 a los partidos liberal y conservador, para frenar el avance electoral de la izquierda y la democracia cristiana (Collier y Sater 1998:276). En 1971 el senador Francisco Bulnes expresaba su convicción y optimismo en que la derecha tradicional contaba todavía con un fuerte respaldo electoral:

“Nosotros defendemos la propiedad privada y la empresa particular no porque sea conveniente para unos pocos, sino porque la experiencia ha demostrado que es el único régimen compatible con las libertades y el más apto para elevar el nivel de vida de los pueblos” (Bulnes 1971:14-15)

Dirigentes del Partido Nacional, como Sergio Onofre Jarpa, no eran ajenos a influencias corporativistas. En el mismo sentido fueron *Fiducia*, *Portada* y *Tizona*, publicaciones de extrema derecha, que se dedicaron insistentemente a promover la instaura-

¹⁶ Algunos autores ven allí un suicidio político, otros entienden que el anticomunismo era mucho más intenso que cualquier otra lectura de la realidad: en efecto, a ojos de los liberales y conservadores Frei parecía el único capaz de evitar el triunfo de Salvador Allende. Igual cálculo hizo el gobierno estadounidense, que alimentó financieramente la campaña electoral demócrata-cristiana. Hay quien especula que con ese gesto de apoyo a Frei la derecha estaba convencida de que iba a lograr que se moderara o se hiciera más tibio el ímpetu reformista del futuro gobierno (Correa Sutil, 2005; Valdivia Ortiz de Zárate, 2009).

ción de una dictadura y, más en general, un nuevo orden socioeconómico, con tintes corporativos y teocéntricos. Buena parte del arsenal ideológico corporativo y autoritario de esas revistas fue leído y utilizado por los ideólogos de la dictadura encabezada por el general Augusto Pinochet. La audacia de las reformas sociales y económicas encaradas durante la presidencia de Allende fue percibida por la derecha como “la antesala del comunismo liso y llano”, que debía ser extirpado militarmente (Buchrucker 2003:7).

El corporativismo entendía que la democracia de partidos debía ser reemplazada por alguna arquitectura política y constitucional en la cual prevalecieran los acuerdos entre sectores sociales y económicos dentro de un orden fundamentalmente autoritario (Ruiz 1992:30). El gremialismo se inició dentro del movimiento estudiantil, pero durante el gobierno de la Unidad Popular se extendió a comerciantes, profesionales, camioneros, etc. Una de las figuras claves del proceso es Jaime Guzmán¹⁷, quien asesoró a la Junta Militar y fue uno de los redactores de la *Declaración de Principios* que las Fuerzas Armadas brindaron en 1974, y de la nueva constitución de 1980, que combinó neoliberalismo y corporativismo (Cristi 2000; Moncada Durruti 2006). La originalidad de la propuesta descansaba, precisamente, en el cruce de dos nociones:

“un conservatismo *económico social* (el gremialismo corporativista y luego la idea de una sociedad de mercado percibida como un orden espontáneo que debe ser sustraído a los efectos de la deliberación política) y un conservatismo *político*, de raíz nacionalista (que se expresa en el autoritarismo del régimen militar)” (Ruiz 1992:34)¹⁸

El cruce entre ambas ideologías se produjo en torno al principio que ya a finales de la década de 1930 había promovido el intelectual católico Jaime Eyzaguirre: subsidiariedad. Según esta concepción, el Estado debe alentar las formas “naturales” de asociación (la familia, la corporación, la ciudad, etc.) en lugar de las entidades representativas organizadas según criterios ideológicos, es decir, los partidos. Debido a que cada una de esas asociaciones posee funciones igualmente naturales, el Estado sólo debe intervenir allí donde sea evidente que esas actividades deben ser subsidiadas, para salvar las dificultades temporales por las que atraviesen esas organizaciones sociales (Ruiz

¹⁷ Jaime Guzmán lideró el movimiento estudiantil gremialista a fines de la década de 1960. En 1968 consiguió el control de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Santiago, quitándoselo a los jóvenes demócrata-cristianos (Collier y Sater 1998:277).

¹⁸ Como marcó Carlos Ruiz (1992:31), “esta convergencia ocultaba la polisemia y múltiples tradiciones articuladas en torno a la subsidiariedad: para los tradicionalistas la subsidiariedad se apoya la reducción de la política a la *societas*, entendida como la multiplicación de organismos “naturales” intermedios, ya sean funcionales o territoriales; para los neoliberales, subsidiariedad significa desmantelamiento del Estado”.

1992:32).¹⁹ *Portada* se encargó de promover la noción de subsidiarismo estatal. En 1969 un analista planteaba que en el mundo existían dos doctrinas frente a las que los hombres tenían que elegir: una era el estatismo, votada por los chilenos desde 1920, que sostiene que “la autoridad pública es el único sujeto de derechos en la nación, siendo la comunidad o los particulares solamente sujetos de deberes frente a él”. Frente a esta deificación del Estado, había otra doctrina, “intuida y sentida por muchos, antes que intelectualmente perfilada y fundamentada entre nosotros”, a la que se denomina “subsidiarismo estatal”. Éste consiste en que:

“el Estado tiene el principal deber de proteger y fomentar las actividades de la comunidad y de los particulares para lograr el bien común, absteniéndose de realizar dichas actividades, salvo cuando aquella o estos no puedan o no quieran realizarla” (Tagle Martínez 1969)

El subsidiarismo permitiría quitarle a los políticos y al parlamento en particular, el monopolio de la vida política. Eso le devolvería protagonismo histórico a “las fuerzas vivas de la nación” y sacaría al país de “una situación ridícula e irreal, que es fuente de constante violencia” (Editorial 1970:4). El monopolio de los partidos y el fortalecimiento ilimitado del poder estatal generaban miedo a disentir por parte de los individuos, exponía el propio Jaime Guzmán (Guzmán 1969).

La revista *Tizona* desplegó en los iniciales años setenta en Valparaíso una batería de argumentos filosóficos para la legitimación de la intervención de las Fuerzas Armadas en la política. Alrededor de *Tizona* se concentraron profesionales, universitarios, pequeños y medianos empresarios y sobre todo hombres de la Armada (Ramírez Necochea 1978:27). La exaltación del autoritarismo y de la existencia de razones religiosas (y por lo tanto no sometibles a escrutinio popular) como fundamentos del orden político, constituyeron valiosos aportes para convencer a hombres de la derecha y de las armas de la necesidad de dar por terminada la experiencia de la Unidad Popular. Un número de 1972 resultó muy ilustrativo acerca de la auto-percepción de la revista sobre su misión y sobre la política. Festejaba la buena nueva de saber que los demócratas anti-comunistas se unieran en un frente común para derrotar al gobierno de Allende. Pero, lamentaba no poder sumarse a ese movimiento porque, a diferencia de los partidos, no

¹⁹ También en la década de 1950 la rama anticomunista del Partido Conservador había expresado nociones similares, cuando señalaba en su programa de gobierno, que en materia de política educativa, las claves eran: subsidiariedad, diversificación, privatización y descentralización del sistema (Partido Conservador Tradicionalista 1950:26)

apunta a la “acción inmediata”, sino a la dilucidación de las razones para esa acción. Por ello,

“no se identifica con absolutamente ningún partido político, y en cierto modo, los ataca a todos. Por supuesto que unos merecen más que otros, pero es el principio mismo de la política en base a partidos, es decir, la política liberal, la que está errada. Todo partido político, por la dialéctica del sistema, es más o menos totalitario” (Editorial 1972:2)

Pero la principal impugnación no era la inutilidad o la prescindibilidad de los partidos, sino la naturaleza irreductiblemente sectorial de cada una de las agrupaciones políticas. De allí que el repudio al marxismo provenía de considerarlo la negación radical de la verdad objetiva, “de esa verdad de que todo lo que existe, que no depende de nuestra subjetividad, sino de la subjetividad de Dios” (Editorial 1972:2). Cada partido tiene “su” verdad, sostenía *Tizona*, lo cual constituía *per se* un grosero error teológico, puesto que

“existe la verdad objetiva, inteligible para todo el que quiere descubrirla y que no depende, para ser lo que es, de lo que nosotros pensemos de ella [...] Por eso, al juzgar los hechos políticos no nos fundamos sólo en el derecho a emitir una opinión, sino en la objetividad de la ley natural y de la historia, que es lo único sobre lo cual puede establecerse un criterio político veraz y moralmente legítimo” (Editorial 1972:2)

Una de las críticas más insistentes al gobierno de Allende era por su falta de autoridad pública, entendida como la organizadora de la vida colectiva y la unidad nacional. La ausencia de un gobierno fuerte conducía, en consecuencia, a la anarquía y a la disolución social.

“La autoridad es la forma de la sociedad; sin ella, ésta deja de ser tal para transformarse en un conglomerado de intereses contrapuestos, cuyo grado de efervescencia puede llegar a niveles explosivos, como sucede ahora en nuestro país” (Widow 1972)

El resto del artículo de 1972 despliega una pavorosa capacidad profética acerca de lo que fue la forma de entender y ejercer la autoridad durante el gobierno militar iniciado exactamente un año después. El programa de “restauración de la autoridad” debía apuntar primero a fortalecer a ésta mediante una dictadura. Pero esa dictadura no debía restringirse a alivios temporarios sino que tenía que crear un nuevo horizonte, debía depurar a la sociedad de los elementos que sembraban la anarquía:

“La autoridad debe ser necesariamente fuerte, en el sentido de disponer de todos los medios de que necesita para imponerse como tal [...] no puede excluir, a riesgo de negar el deber moral que supone su ejercicio, los medios violentos para prevalecer cuando se le resiste sin razón fundada en el bien común. La restauración de la autoridad política exige, para los primeros tiempos en que no se hayan trazado las líneas constitutivas de un auténtico Estado de derecho, una dictadura” (Widow 1972)

De esta manera, aquella impugnación del PCCh de los inicios de la guerra fría desembocó en una crítica antidemocrática de la democracia. Lo que se inició como un recorte del accionar del Partido Comunista desembocó, un cuarto de siglo después, en la ilegalización de todos los partidos políticos.

IV- Conclusiones

Lo primero que se debe poner de manifiesto es que, se trató, efectivamente, de tres olas de anticomunismo con fuertes diferencias no sólo en sus argumentos sino también en sus prácticas y en el origen de las ideas que se usaron. Así, mientras que el MNS planificó y promovió enfrentamientos callejeros con militantes del PCCh, a finales de la década de 1940 ese procedimiento fue dejado de lado, frente al recurso legal. Así, la “Ley de defensa permanente de la democracia” permitió la eliminación de los afiliados comunistas del padrón electoral, forzó al exilio de muchos dirigentes e incluso produjo un campo de concentración para presos políticos en Pisagua (Huneeus 2009). Durante el gobierno de la Unidad Popular se echó mano de nuevo a la actividad paramilitar, esta vez bajo el accionar de Patria y Libertad. Pero también los partidarios derechistas convalidaron la realización de un golpe de Estado que dio por terminada una experiencia democrática ininterrumpida de cuarenta años. El anticomunismo, pero sobre todo la anti-política, eran las ideas-fuerza de la nueva Junta de gobierno dirigida por el general Pinochet.

El nazismo constituyó la organización de extrema derecha más importante de la historia de Chile, sea por su caudal electoral como por su capacidad de movilización. Su anticomunismo formaba parte de la tríada que han señalado Nolte y Payne, junto al antiliberalismo y el anticonservadurismo (Payne 2001). Por haber llegado a la política cuando ya existían partidos con electorados consolidados, el MNS debía ganarse lugar empujando hacia todos lados, impugnando a la democracia multipartidaria. En ese sen-

tido, el anticomunismo nazi formaba parte de un repudio más global, más moral, a la civilización moderna (para decirlo mal y pronto, a lo ocurrido desde el Renacimiento hasta la fecha). Por esa acumulación de negaciones, por su falta de vínculos con el *establishment* y por la juventud de sus líderes, a las fuerzas conservadoras les daba la impresión de que el MNS era un grupo demasiado radicalizado como para resultar útil o interesante (Boizard 1939, 1941; Covarrubias 1987:94). Los conservadores chilenos, al igual que sus pares ingleses o franceses, entendieron que “había formas más seguras de proteger el orden socio-económico establecido y que la amenaza de una revolución no era tan inmediata como se había temido” (Linz 1976:32). Resulta evidente que la simpatía del *establishment* político por el MNS se incrementaba sólo en la medida en la que el partido comunista chileno se mostrara dispuesto a participar de alzamientos. Pero en momentos de “normalidad” el desinterés por el MNS era la principal actitud de liberales y conservadores.

La ola anticomunista de fines de la década de 1940 insistía en la necesidad de que la eliminación del Partido comunista de la vida política del país permitiría mejorar la democracia, puesto que dejaría fuera de juego a un actor desleal, malintencionado y deshonesto con el régimen multipartidario. Lo negativo del comunismo era su vocación totalitaria, que terminaría por ahogar la diversidad ideológica y partidaria de Chile, entendida como rasgo constitutivo de la nación. En ese sentido, la crítica al comunismo se anclaba más claramente en un ideario liberal, que exhibía la defensa de la democracia (ése era el título de la ley que prohibió la existencia del partido comunista) como una causa común. Había que amputar la parte enferma para salvar al todo.

Veinticinco años después el panorama era otro. No se trataba de salvar a la democracia de sus enemigos sino de abandonar a la democracia como régimen político. La enfermedad ya corroía todo el cuerpo y no quedaba parte sana. La crítica anticomunista desarrollada en las revistas de extrema derecha entonces da cuenta no sólo del rechazo al comunismo como partido y como tradición ideológica presente en la sociedad chilena, sino que formaba parte de una impugnación mayor a la democracia multipartidaria. En este sentido, ese anticomunismo puede ser entendido más como reclamo anti-político o anti-partidos, lo cual constituía un evidente punto de intersección entre el neoliberalismo, el corporativismo y el nacionalismo. El primero por entender que la democracia conducía a la demagogia y gastos públicos innecesarios, inconducentes y deformantes de la economía. El segundo por partir de la idea de que los partidos representan intereses sectoriales incapaces de conciliar y de armonizar sus apetencias, y renuen-

tes a aceptar la tutela eclesiástica o estatal. El tercero porque concibe a los partidos políticos como fuerzas disgregadoras de la unidad nacional y debilitan peligrosamente el principio de autoridad y la defensa frente a los enemigos externos.

El espacio para la argumentación política se había ido deteriorando desde 1948. Primero por la auto-mutilación de la diversidad ideológica en 1948 al suprimir al comunismo. Luego por el triunfo en 1952 del general Ibáñez y su diatriba populista y corporativa, tendiente a eliminar a los partidos políticos para generar un contacto directo entre el líder y sus seguidores. Después, por el gobierno de Alessandri en 1958 y su pretensión de dirigir el país más allá no sólo de los partidos de oposición sino de aquellos que lo habían llevado como candidato presidencial. Su deseo de un gobierno tecnocrático y gerencial devino en la impugnación a la democracia como arena para expresión de puntos de vista y de defensa de intereses. Finalmente, la intensidad del miedo anticomunista en 1964 y después de 1970, bloqueó aun más los espacios para la gestión democrática de los conflictos, al punto de situar a la democracia el nudo de los problemas, desdibujando su capacidad para tratar y discutir públicamente las cuestiones socialmente más relevantes. No es extraño entonces que en 1973 el campo estuviera lo suficientemente abonado de ideas que insistían en la necesidad refundar el país bajo las claves de una autoridad fuerte y anti-política.

Es significativo que estos cuarenta años de vida política chilena estuvieran marcados por el cruce de ideologemas provenientes de diversas tradiciones. Había presencia allí del franquismo corporativo y tecnocrático de los años sesenta, del liberalismo anti-totalitario que EEUU exportaba ya a finales de la década de 1940, del conservadurismo francés, del monetarismo de Friedman e incluso del nazismo. Los procesos de recepción de esas ideas fueron necesariamente complejos y en buena medida originales, puesto que implicaron adaptación y combinación. Adaptación por ejemplo al hecho de que el comunismo al que estas oleadas anticomunistas decían combatir no permaneció idéntico a sí mismo en el tiempo ni en Chile ni en el escenario global. En primer lugar, porque el peso electoral del PCCh fue creciendo a lo largo del período 1932-1973, pasando del 0,25% en las presidenciales de 1932, al 10% en 1946 y 17% hacia 1970. Pero junto con eso había que señalar su peso sobre el movimiento estudiantil, los obreros y los campesinos. En el nivel global, la situación parecía ir en el sentido de expandir el área bajo control comunista en el mundo. Si en la década de 1930 podía señalarse a la URSS como la sede del mal, en 1948 toda Europa oriental se encontraba ya bajo gobierno comunista (y al

año siguiente siguió igual camino China). Pero en 1973 el panorama incluía a Cuba, lo cual era una “prueba” de la presencia de la amenaza comunista en América.

Bibliografía citada

- Alliende González, Rodrigo (1990), *El jefe. La vida de Jorge González von Marées*; Santiago: Ediciones Mar del Plata.
- Angell, Alan (1997), "La izquierda en América Latina desde c. 1920", en Bethell, Leslie (ed.), *Historia de América Latina* (vol. XII; Barcelona: Crítica-Grijalbo).
- Araneda Bravo, Fidel (1988), *El clero en el acontecer político chileno, 1936-1960*; Santiago: Editorial Emisión.
- Bohoslavsky, Ernesto (2006), "Contra el hombre de la calle. Ideas y proyectos del corporativismo católico chileno (1932-1954)", *Si somos americanos. Revista de Estudios Transfronterizos*, VIII-1, Santiago de Chile, pp. 105-125.
- (2009), *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile, siglos XIX y XX*; Buenos Aires: Prometeo Libros.
- (2011), "Entre el anti-populismo y el anticomunismo. Las derechas en Argentina, Brasil y Chile (1945-1959)", en Mallimaci, Fortunato (ed.), *Nacionalistas y naciona-lismos en el siglo XX: una aproximación entre América Latina y Europa* (Buenos Aires: Editorial Gorla).
- Boizard, Ricardo (1939), *Voces del púlpito y de la calle*; Santiago: Ercilla.
- Boizard, Ricardo (1941), *Historia de una derrota (25 de octubre de 1938)*; Santiago: Ediciones Orbe.
- Bravo Ríos, Leónidas (1955), *Lo que supo un auditor de guerra*; Santiago: Editorial del Pacífico.
- Buchrucker, Cristián (2003), "Identidades nacionales y cultura política antidemocrática. Trayectorias históricas del Cono Sur en el siglo XX", ponencia presentada en el Congreso "La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico", Valencia.
- Bulnes, Francisco (1971), "La votación del P. Nacional y la ceguera marxista", *Revista Qué pasa*, nº 1, 15 de abril.
- Cámara de Diputados (1948), *Diario de sesiones ordinarias*; Santiago.
- Collier, Simon y Sater, William (1998), *Historia de Chile, 1808-1994*; Madrid: Cambridge University Press.
- Correa Sutil, Sofía (2005), *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX*; Santiago: Editorial Sudamericana.
- Covarrubias, María Teresa (1987), *1938: la rebelión de los jóvenes*; Santiago: Aconcagua.
- Cristi, Renato (2000), *El pensamiento político de Jaime Guzmán: autoridad y libertad*; Santiago: LOM Ediciones.
- Cuadra, Francisco Javier (1992), "Aspectos del pensamiento de la derecha en Chile", en Ruiz, Carlos y Francisco Javier Cuadra (eds.), *El discurso de la derecha chilena* (Santiago: CERC-CESOC).
- Editorial (1970), "Alessandri y el alessandrismo", *Portada*, nº 10, p. 4.
- Editorial (1972), "Tizona y los partidos políticos", *Tizona*, nº 35, septiembre, p. 2.
- Fernandez Larrain, Sergio (1950), *Aspectos de la división del Partido Conservador*; Santiago: Imprenta Bustos y Letelier.
- González von Marées, Jorge (1936), *Nacismo o comunismo. Discurso pronunciado por radio por el Jefe del Nacismo, Jorge González, el 28 de julio de 1936*; Santiago: Talleres Gráficos San Vicente.
- (1937), *El problema del hambre (sus causas y su solución)*; Santiago: Editorial Ercilla.
- Guzmán, Jaime (1969), "El miedo. Síntoma de la realidad político-social chilena", *Portada*, 2 de febrero, p. 5.
- Halperin, Ernst (1965), *Nationalism and Communism in Chile*; Massachussets: M.I.T. Press.
- Huneeus, Carlos (2009), *La guerra fría chilena. Gabriel González Videla y la ley maldita*; Santiago: Debate.
- Jara, Juan José (1936), "Observaciones sobre el Nacismo y partidos políticos", *Trabajo*, 23 de septiembre.
- Klein, Marcus (2001), "The New Voices of Chilean Fascism and the Popular Front, 1938-1942", *Journal of Latin American Studies*, 33.
- Linz, Juan José (1976), "Some Notes toward a Comparative Study of Fascism in Sociological Historical Perspective", en Laqueur, Walter (ed.), *Fascism: a reader's guide: analyses, interpretations, bibliography* (Berkeley: University of California Press).
- McGee Deutsch, Sandra (1997), "What Difference Does Gender Make? The Extreme Right in the ABC Countries in the Era of

- Fascism", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 8-2, Tel Aviv.
- Moncada Durruti, Belén (2006), *Jaime Guzmán: una democracia contrarrevolucionaria: el político de 1964 a 1980*; Santiago: UST RIL Editores.
- Motta, Rodrigo Patto Sá (2002), *Em guarda contra o perigo vermelho. O anticomunismo no Brasil, 1917-1964*; São Paulo: Editora Perspectiva: FAPESP.
- Movimiento Nacional Socialista (1933), *I. Manifiesto del Jefe. II Plan de Acción III Declaraciones fundamentales. IV Aspiraciones de acción pública V. Organización*; Santiago: Editorial del Pacífico.
- Olavarría Bravo, Arturo (1950), *Casos y cosas de la política*; Santiago: Imprenta Stanley.
- Partido Conservador (1949), *La nueva Junta Ejecutiva del Partido Conservador. A los correligionarios y al país*; Santiago: Imprenta El Imparcial.
- Partido Conservador Tradicionalista (1950), *Convención general del Partido Conservador Tradicionalista que se celebrará los días 12, 13, 14 y 15 de agosto de 1950 en Santiago*; Santiago: Imprenta Chile.
- Partido Liberal (1948), *Discursos pronunciados por los senadores Francisco Bulnes Correa, Gustavo Rivera, Hernán Videla Lira, Arturo Alessandri P., Ladislao Errázuriz P, José Maza en el debate del proyecto sobre defensa de la democracia*; Santiago
- Payne, Stanley (2001), [1980], *El fascismo*; Madrid: Alianza.
- Ramírez Necochea, Hernán (1978), "El fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970", *Araucaria de Chile*, 1.
- Rosende, Francisco (ed.), (2007), *La escuela de Chicago. Una mirada histórica a 50 años del convenio Chicago/ Universidad Católica. Ensayos en honor a Arnold C. Harberger* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile).
- Ruiz, Carlos (1992), "Tendencias del pensamiento político de la derecha chilena", en Ruiz, Carlos y Francisco Javier Cuadra (eds.), *El discurso de la derecha chilena* (Santiago: CERC-CESOC).
- Sznajder, Mario (1992), "El nacionalsocialismo chileno de los años treinta", *Mapocho*, 32, Santiago.
- Tagle Martínez, Hugo (1969), "Opciones políticas", *Portada*, 2 de febrero, p. 15.
- Valdés, Juan Gabriel (1995), *Pinochet's economists. The Chicago school in Chile*; Cambridge y New York: Cambridge University Press.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (1995a), *El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)*; Santiago: Universidad Católica Blas Cañas.
- (1995b), *Nacionalismo e ibañismo*; Santiago: Universidad Católica Blas Cañas.
- (2009), *Nacionales y gremiales*; Santiago: Lom Ediciones.
- Widow, Juan Antonio (1972), "La reconstrucción política", *Tizona*, 35, septiembre, p. 5.